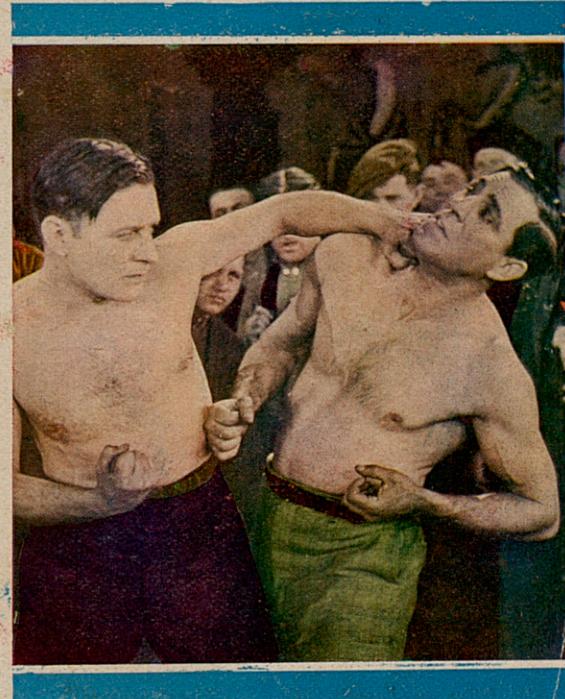


N.º 45

25cts

LA AVALANCHA

por Viola Dana y Kenneth Harlan



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACIÓN SEMANAL

BIBLIOTECA EMOCION

THE ICE FLOOD 1926

LA AVALANCHA

Comedia de las costumbres del Canadá, interpretada
magistralmente por los aplaudidos actores

Viola Dana

Kenneth Harlan

Versión [literaria] de
[CRISPULO SOTARREDONA

Exclusivas Universal Hispano American Films, S. A.
Valencia, 233 - Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

LA AVALANCHE

Un drama en tres actos
de Georges Courteline

Por
Vicente Blasco

Con
Katherine Hepburn

Compañía de
CORTINAS SOTERRANAS

Algunas escenas y diálogos
de Georges Courteline

PRINCIPALES INTÉPRETES.

<i>Maria O'Neil</i> . . .	Viola Dana
<i>Tomás de Quincey</i> .	Kenneth Harlan
<i>Su padre</i>	George Irving
<i>Peters</i>	Frank Hagney
<i>Jaime O'Neil</i> . . .	De Witt Jenning
<i>Guillermin</i>	Billy Kent Schaefer

El presidente no pudo ocultar una sonrisa de orgullo.

—¡Y de los buenos!—afirmó.

El consejero, a quien seguramente no le inspiraban mucha simpatía los poetas, dejó el libro en su sitio y murmuró:

—No hubiera sospechado que un nieto del gran Bill perdiése el tiempo haciendo versos.

—¡Alto ahí! Eso de que pierda el tiempo no dice más que usted. Ya tendrán ocasión de comprobarlo. De un día a otro yo lo voy a tener aquí y verán cómo se porta.

Mientras el viejo Quincey defendía a su hijo, un joven llegaba al despacho y preguntaba por el presidente al botones que había en la puerta.

—Si es que quiere pasar, escriba su nombre aquí—respondió el dependiente presentándole una hoja impresa.

El recién llegado llenó la hoja expresando el objeto de la visita y el botones leyó lo siguiente:

“Tomás de Quincey (hijo) desea hablar a Tomás de Quincey (padre) sobre asuntos personales”.

—Entonces, ¿usted es el señorito Tomás? ¡Pase usted, pase usted!

Tomás de Quincey (hijo) fué introducido en el despacho de su padre y ambos se abrazaron efusivamente.

El consejero más joven, que todavía charla-



—Lo único que me preocupa...

ba con el presidente, examinó detenidamente al recién llegado: vió que era un muchacho fuerte, sano y alegre, y debió comprender que no se parecía en nada al tipo de los poetas estilo Barrio Latino, pues murmuró entre dientes:

—No es tal como me lo había figurado.

Poco después quedaban solos padre e hijo y podían cambiar impresiones.

—¿Estás seguro de que serviré para el negocio?—fué la primera que el joven preguntó.

Quincey le contempló extrañado y dijo que

no comprendía el significado de aquella pregunta.

—Es que hasta hoy—explicó su hijo—me has dado siempre todo lo que te he pedido... y la verdad, no sé si sabré ganarme la vida por mis propios medios.

Tomás Quincey (padre) expresó que tenía confianza en él, y después le expuso el estado actual del negocio.

—Lo único que me preocupa es que los campamentos son una verdadera anarquía. Los contrabandistas, matones y huídos de todos los países lo tienen todo desmoralizado.... —concluyó el presidente.

—¿Y si me mandases allí?—propuso Tomás. Su progenitor se lo miró de pies a cabeza y repuso:

—¡Sería un gran disparate! Insistió Tomás, y lo hizo con tal vehemencia, con una confianza de sí mismo tan grande, que su padre fué cediendo, hasta que al fin accedió.

—Pero te advierto—dijo—que allí es cuestión de ponerse bien los pantalones. Es cuestión de obrar con gran energía, y, a veces, jugarse el todo por el todo.

Su hijo sonreía y se miraba los puños en silencio. Después, como el tiempo es oro, recibió instrucciones con el fin de ponerse en camino aquella misma tarde.

El viejo Quincey estaba satisfecho de la

decisión que demostraba su hijo. Podía volverse atrás, pero no le faltaba arrojo. Por lo demás, dudaba del éxito de la empresa.

—Quizás me haya olvidado de algún detalle, pero creo que te habrás hecho cargo de la situación.

—Conforme, papá. Ahora sólo impongo una condición: que nadie debe saber que soy tu hijo.

—¡No seas chiquillo!—replicó Quincey (padre)—. Sin el amparo del apellido que llevas, no estarías en nuestros bosques ni dos días.

—Sin embargo—añadió resueltamente su hijo—, tengo pensado un plan y es preciso para el éxito del mismo, ocultar mi verdadera personalidad. Es cuestión de “sanear” aquello y yo te prometo conseguirlo, pero deseo que no te opongas a mis propósitos. Yo entraré allí como un obrero cualquiera...

—Además—prosiguió después de una pausa—creo que ya es hora de que demuestre si soy digno de mi apellido. ¡O me dejas ir como pido, o no voy!

—Bueno, bueno; haz lo que quieras, pero apostaría a que antes de una semana pides auxilio.

—¿Apostarías mucho?

—Mil dólares!

—Van apostados!

Quedó cerrada la apuesta. Quincey estaba asombrado del temple que demostraba su hijo,



—...el hielo aguantará aún más de una semana.

pero su asombro se trocó en íntima satisfacción cuando aquél dijo con indiferencia:

—Siquieres, puedes poner dos mil.

—¡Apuesto diez mil!—exclamó decididamente Quincey (padre), dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Despidióse Tomás con un cordial abrazo; le deseó el padre mucha suerte y cuando el joven ya había cerrado la puerta, volvió atrás y desde el umbral, preguntó a su padre:

—Oye... ¿Te atreves con diez mil?

—Sí. ¡Quedan apostados!
Quedó sólo Quincey. Estaba satisfecho.
—¡Es un Quincey auténtico! ¡A lo mejor me gana!

II

Durante muchos siglos, los duros vendavales de invierno y las suaves brisas de primavera, agitaron las ramas de los gigantescos pinos canadienses, antes de que el hombre hollowara aquellos bosques sublimes como inmensas naves de catedrales góticas, levantadas por la naturaleza y derribara sus esbeltas columnas para convertirlas en madera.

Brutalmente, el hacha demoledora del leñador iba destruyendo la majestad y poesía de aquellos bosques dilatados, en que la compañía forestal tenía establecidos sus campamentos, colonias de miles y miles de obreros, fuertes y sanos, implacables demoledores de la bella obra de la naturaleza.

En el campamento C se hermanaban hábilmente las horas de trabajo con las del descanso, y a veces hasta se distraían los obreros con objeto de matar el tedio.

Peter era quien tomaba la iniciativa para organizar bailes y fiestas en el "bar", punto de reunión de la colonia, y demostraba en ello más habilidad que cumpliendo su obligación. Pero se tenía en cuenta que Peter, llevaba tras sí a todos los demás obreros, que le temían por su brutalidad, y la compañía le resistía como un mal necesario. Peter, en una palabra, se había hecho el amo.

Aquella tarde se hallaba Peter fijando en la fachada del bar un gran cartelón anuncian-
do un baile para la noche.

—¿Has sido tú quien ha escrito eso?—pre-
guntó uno de los leñadores que contemplaba la operación de Peter, y al contestar éste afir-
mativamente, prosiguió —. Lo digo porque "baile" se escribe con "be" y no con "ve".

—Y si a mí me da la gana escribirlo así,
¿qué?... — respondió Peter encogiéndose de hombros.

En aquel momento se presentó Danny, que ejercía cerca de Peter las funciones del eterno "corre ve y dile", y le anunció que acababan de presentarse tres camaradas del campamento A con el cuerpo hinchado a puñetazos, añadiendo que, según propia declaración de los interesados, les había batido el cuero un individuo con puños de acero que andaba por allí.

Peter hizo una sonrisa de incredulidad y Danny insistió:



...el forastero se disponía a bailar...

—Será verdad o no, pero lo cierto es que han llegado los tres en bastante mal estado.

En efecto: más abajo se hallaban los tres recién llegados, que referían al intendente, Jaime O'Neil, lo que les había ocurrido. Peter se aproximó al grupo y contempló con una mirada de burlesca compasión a las víctimas, cuyo aspecto era por demás digno de lástima: el que no llevaba un brazo en cabestrillo cojeaba de un pie. Llevaban la cabeza materialmente cubierta de gasas y vendas y hablaban con voz desfallecida.

—¿Es cierto que un forastero os desfiguró de tal manera?—preguntó Peter.

El que llevaba la voz cantante, o mejor dicho, plañidera, le respondió:

—Es verdad. Y también lo es que quedó dispuesto para repetir la función con otros tres que llegaran.

—Y de seguro que cuando haya recorrido todos los campamentos, no habrá quien le levante el gallo.

—Me alegraría que fuera el individuo que el amo prometió enviarme—pensó Jaime O'Neil apartándose del grupo, donde quedaban los obreros comentando las heroicidades del boxeador, mientras Peter pavoneábase afirmando que le gustaría encontrárselo delante.

Jaime O'Neil había traído consigo a su familia compuesta de dos hijos: una muchacha morena muy atractiva y simpática, que agradaba a todo el mundo por su trato afable y de quien se decía Peter estaba enamorado; María, que así se llamaba la muchacha, substituía a su madre, que ya no existía, en los deberes domésticos, haciendo las veces de ella con Guillermín, el otro hijo de Tomás, un hombrecito de cuatro años, vivo e inteligente, que no alcanzaba medio metro de altura, que padecía cierta lesión en una pierna que los médicos habían calificado de incurable.

María no podía resignarse a aquella vida casi selvática más que estimulada por el gran

cariño que sentía por su padre. Ella soñaba ya en el caballero bravo y galante que un día llegaría por el río ni más ni menos que un nuevo Lohengrin, pero en aquellas soledades ya empezaba a perder las esperanzas.

Los hombres de allí eran rudos, y no inspiraban ninguna simpatía. El mismo Peter, que andaba tras de ella con una insistencia rayana ya en lo impertinente, le era odioso desde un día en que, con el deliberado propósito de causarle daño, hizo caer a Guillermín.

El mismo niño le tenía un miedo tremendo, y cuando lo veía cerca, le huía.

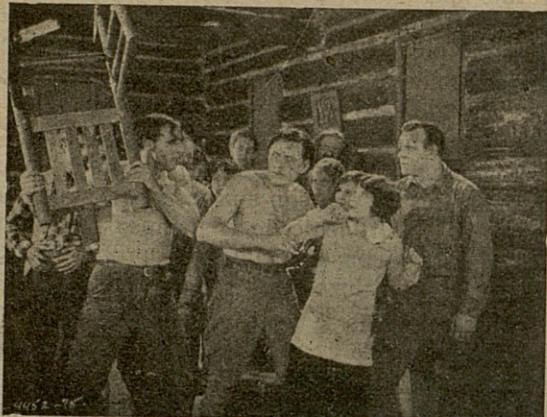
—¡Ya lo dice María!... — exclamó una de tantas veces el chico. — Un día llegará un hombre que le pegará a usted. Si yo fuera hombre, yo mismo lo haría... ¡Bruto!

Jaime debía salir para el campamento D, situado unas millas más abajo, donde reclamaban su presencia, y se dirigió al embarcadero con objeto de preparar la canoa.

Las aguas del río se deslizaban mansamente, curso abajo. Empezaba la primavera, y aunque en aquel tiempo eran frecuentes las avalanchas de hielo, a consecuencia del deshielo, aquel día no había nada que temer.

María llegó con los víveres que había preparado al efecto.

—Me parece que el tiempo es malo, papá.
—No te preocupes; el hielo aguantará aún



...y enarbolando una silla se abalanzó sobre él...

más de una semana... Ya tendré tiempo de estar de vuelta—advirtió Jaime enlazándola por la cintura.

Sin embargo, unas millas más arriba, las aguas aprisionadas por el hielo esperaban la liberación que debían darles los rayos del sol primaveral.

O'Neil embarcó en la canoa y ésta empezó a deslizarse río abajo, arrastrada por la corriente.

Poco después de haberse marchado O'Neil se presentaba en el campamento un nuevo personaje, desconocido de todos: Era Tomás de Quincey, hijo del presidente de la compañía, que recorría los campamentos de riguroso incógnito, con objeto de informar extensamente sobre las anomalías que allí ocurrían.

Era tan poco frecuente la llegada de forasteros a los campamentos que pronto se formó un grupo de gente que rodeó al recién llegado en cuanto éste puso los pies en el embarcadero.

—¿Cree el forastero que estará bien aquí?— preguntó irónicamente uno de los obreros.

—Regular... Por la facha de este caballero se echa de vér que está poco habituado a la vida de las montañas—añadió otro.

No podía faltar Peter, el cual examinaba al recién venido de una manera insolente.

Uno de los presentes le indicó:

—Peter, ¿no vas a dárle el apretón de bienvenida?

—Peter se distinguía por poseer una fuerza extraordinaria: sus dedos eran poderosas tenazas y no había personas que resistiesen su apretón.

Fué, pues, resueltamente hacia el joven Quincey y después de desecharle una feliz llegada, le ofreció la mano.

Tomás no hizo la más ligera señal de dolor, al contrario, resistió la presión de los garfios

de Peter, al propio tiempo que decía sin dejar de sonreír:

—Usted es Peter, ¿verdad? Me alegro de conocerle. Ya me dijeron que saldría a recibirmé.

Después preguntó por la casa del intendente y se encaminó hacia allí.

—¿Es ese el tío que te dió la paliza?—preguntó a uno de las víctimas de la colisión del campamento A.

—¿Quién, ese tísico? ¡Vaya una ocurrencia!—respondió el aludido.

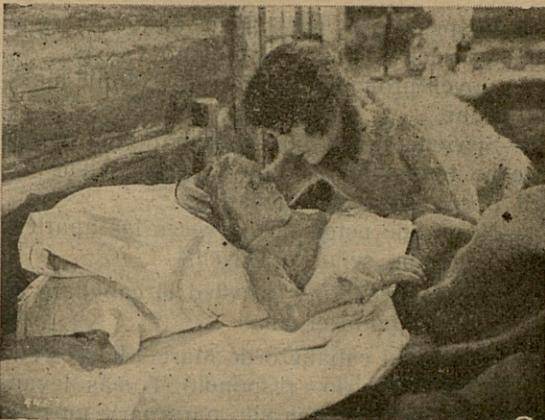
—Pues de momento creí que fuese él. ¡El chico tiene fuerza, vaya que sí!—añadió Peter.

III

María y Guillermito, leían un libro de cuentos en la terraza de su vivienda. El pequeño la interrumpió para hacerle una pregunta relacionada con el protagonista del cuento que su hermana leía.

—Cuando tu caballero llegue, ¿llevará también una coraza reluciente?

De pronto vió que un hombre desconocido se dirigía hacia ellos y añadió:



María ya había acondicionado al niño en su camita...

—¿Será ése tu caballero?

María dirigió una mirada al hombre que se aproximaba, y respondió:

—Me temo que no....

Tomás Quincey preguntó a María por su padre, y ella respondió que acaba de marcharse. El forastero dijo que esperaría su regreso, los días que fuera necesario.

Poco después Tomás y María charlaban animadamente.

—Después que me hayan dado albergue, ¿querrá venir al baile?—preguntó Tomás.

La joven prometió asistir a la fiesta de aquella noche.

—Si viene aquí a buscar trabajo, me parece que no tendrá éxito—dijo María—. Tiene usted poco aspecto de leñador.

—No olvide usted que a veces las apariencias engañan, señorita O'Neil.

—Señor forastero, ¿es usted el caballero de María?—preguntó el chico.

—¿Si soy el caballero de María? Eso es ella quien debe decirlo—respondió Tomás levantando a Guillermito en vilo para darle un beso en las mejillas.

María se puso colorada y riñó al niño. Despues explicó que el niño estaba enfermo y que por eso había de consentirse algunas cosas.

—En Porland conozco yo a un médico que le pondría bueno y andaría bien en poco tiempo.

El centro de reunión del campamento C estaba aquella noche tan animado como de costumbre.

En cuanto se presentó el forastero, acompañando a los hijos del intendente, pues María no había querido dejar al niño solo, menudearon los comentarios acerca de la inopinada presencia de aquel hombre.

—A mí me parece que es de la policía—

dijo uno de los que formaban en el grupo donde se hallaba Peter.

—Y no sé por qué—respondió éste—se me figura que saldrá de aquí más que volando.

En aquel momento la orquesta empezaba a tocar, y Peter vió que el forastero se disponía a bailar con la hija del intendente. Entonces se dirigió resueltamente hacia ellos y apartando a Tomás de un manotazo ofreció el brazo a la joven y le dijo unas palabras al oído.

El público presenciaba en silencio lo que ocurría, y todos vieron como el desconocido apartaba a Peter con suavidad mientras le decía a la joven:

—No olvide que el primer baile es para mí.

Y los dos empezaron a dar vueltas por el salón a los acordes de la orquesta.

—¡Es una vergüenza lo que hace Peter! ¡Ha comprometido al forastero!—comentó uno.

—Pero vamos a matarle? Aquí nadie se atreve con Peter.

—Usted no sabe lo que está haciendo—le advirtió María mientras bailaban.

—¿Cómo no he de saberlo? Y tampoco ignoro que mi pareja es lo más linda y simpática de todo el baile.

—Hay muchas maneras de suicidarse—añadió uno de los del grupo, que comentaban lo que había hecho Peter—; pero la más segura es meterse con este matón.



—¡Peters y Danny se proponen matar a Tomás!

Peter andaba en torno del salón huraño y mirando aviesamente al hombre que insensatamente le había puesto en ridículo. Tenía ganas de armar camorra y para provocar a Tomás empezó a hacer comentarios en voz alta.

—¿Oye lo que dice Peter?—preguntó María.

—No me interesa lo que diga este individuo. Como aquel viera que no le hacían caso, al pasar arrancó a María una cinta que le pendía del vestido.

—¡Deme la cinta que arrancó a María, y

pronto!—exclamó Tomás avanzando hacia él resueltamente.

—¿No crees que sería más divertido tratar de quitármela?—preguntó Peter, guardándose la en el bolsillo.

Iban los dos a acometerse, cuando uno de los presentes se interpuso, diciendo:

—¡Un momento! Hagan las cosas como deben hacerse entre caballeros.

Y se hicieron así. Se concertó un combate de boxeo, a puño limpio, sin limitar los asaltos, hasta que uno de los dos cayese. Se improvisó un ring en unos minutos y los presentes se dispusieron a ver cómo Peter mandaba al cementerio a su rival, o poco menos.

—Tiene miedo, pero también amor propio. Lo menos durará cinco minutos—decía uno, refiriéndose a Tomás.

—Pues yo apuesto a que menos dura siete.

Sé cruzaban apuestas. Los tres convalecientes del campamento A jugaban fuerte a favor del forastero.

—Ese muchacho está buscando la muerte y vosotros la ruina—advertíanles sus camaradas aceptando, sin embargo, todas las apuestas.

Ya estaban los contendientes preparados, con los pechos desnudos y la mirada fiera.

—Si alguno es derribado, toda defensa es buena... hasta las botas—advirtió el árbitro.

—Y si hay alguien que quiera perder su di-

nero, apuesto a que gana el forastero—añadió uno de los del campamento A.

Empezó el combate en medio de la mayor expectación. Ambos combatientes se acometían con fiereza, frenéticamente. Al principio, Peter llevaba la mejor parte, pero después su contrario se rehizo y empezó a propinarle una serie de puñetazos que le derribaron dos veces.

La lucha fué breve, pero encarnizada. María que había seguido las fases del combate con el alma en un hilo, pedía que les separasen.

—Intentar separarles ahora es como querer detener la avalancha del río cuando rompe el hielo—afirmó uno—. Pero no tema por el forastero, señorita. El único que está en peligro es Peter. Ya verá cómo abate su orgullo.

En efecto: Peter estaba recibiendo el mayor palizón que le habían dado en su vida. Resoplaba como un toro. Tenía los labios hinchados y por varias partes del cuerpo manaba abundante sangre.

Por fin cayó extenuado, y creyendo que ya se daba por vencido, Tomás se apoderó de la cinta y fué a devolvérsela a María, mas Peter se levantó y enarbolando una silla se abalanzó contra él.

Tomás pudo agarrarle por los brazos y volvió a dominarle, sin poder evitar que diese un fuerte pisotón a Guillermito que se quedó desmayado.

Mientras se llevaban al niño, Tomás dejó



—Cuidate de maniatar al viejo...

a su rival completamente fuera de combate, propinándole una buena serie de puñetazos.

El público prorrumpió en hurras y uno de los convalecientes lanzó al aire su gorro mientras gritaba:

—¡Hurra! ¡Viva el forastero repartiendo puñetazos!

—¿Es que vosotros ya sabíais que iba a ganar?—preguntó uno de los que habían apostado por Peter.

—¡Ya lo creo! ¡Como que es el tío que nos dijó a nosotros! Pero nos dijo que si quería

mos guardar nuestra ya estropeada piel, nos callásemos.

—Lo cierto es que el combate ha valido el dinero que hemos perdido—confesó otro.

—Para nosotros es una mina de oro—dijo el convaleciente—. No hacemos más que seguirle y apostar por él. ¡Es una avalancha!

Después del combate, Tomás corrió a casa de O'Neil.

María ya había acondicionado al niño en su camita y le atendía con maternal solicitud.

—¡Mi pobre Guillermín tuvo que ser la víctima de vuestra brutalidad!—exclamó al ver a Tomás.

Este le examinó y después tranquilizó a la joven.

—El niño no tiene nada grave, pero convendría que un especialista le examinase el pie lastimado.

IV

Tránscurrieron varios días. Regresó al campamento Jaime O'Neil y al enterarse de lo ocurrido fué motivo suficiente para dár una buena colocación a Tomás.

Este había mandado un emisario al pueblo

más cercano con un telegrama para su padre en el que le pedía que se personara cuanto antes en el campamento con un buen médico.

Peter había perdido todo su prestigio y andaba por el campamento avergonzado, acarriando el deseo de vengarse de su rival.

Peter, además del empleo del campamento, se dedicaba al contrabando y un día Danny, su cómplice, vino a darle la noticia de que el depósito que tenían oculto en la espesura del bosque había desaparecido.

—No puede ser otro que el forastero—bramó Peter con rabia—. ¡Ya te dije yo que era un policía!

—Ahora le encontraremos en los aserraderos... Podemos cogerle por la espalda y ¡han muerto tantas personas de un tiro en la nuca! —añadió Peter deseoso de tomar venganza.

María oyó aquella conversación y corrió a advertírselo a su padre.

—¡Peter y Danny se proponen matar a Tomás!—dijo a su padre. Y le refirió lo ocurrido.

Los aserraderos estaban a bastante distancia del campamento y se dirigieron hacia allí acompañados del subintendente.

Había empezado el deshielo y los voluminosos bloques que se deslizaban por las vertientes eran arrastrados por el río impetuosamente.

Antes de que los que iban en auxilio de Tomás llegaran al aserradero, se hizo de noche.



...se hizo entregar el rifle.

Peter y Danny que aguardaban a que cerrara la noche para matar al forastero les sorprendieron y atacaron. Peter disparó contra O'Neill y éste cayó pesadamente al pie de un árbol. Después se apoderó de María.

—Cúidate de maniatar al viejo y después acércale hacia el aserradero mientras yo llevo a María a la lancha.

Una hora después ambos cómplices se reunían cerca del aserradero.

—Tomás ha levantado una tienda de campaña junto al río y en este momento debe estar descansando—informó Danny.

—Pues ve a comprobarlo. Yo estaré cerca y te auxiliaré en caso necesario.

Tomás no descansaba, al contrario, se hallaba vigilando: había oido el ruido del disparo que hiciera Peter y estaba atento.

Cuando vió que una sombra se aproximaba sigilosamente, se apartó junto a un tronco derribado y le derribó, atándole y amordazándole.

Poco después llegaba Peter y encañonándole con su pistola se hizo entregar el rifle.

—Mala noche escogisteis para huir por el río: ¿no oís cómo crujе el hielo?

—Entonces será mejor que nos dejés en paz y vayas a salvar a María, si tienes valor para ello... Ahora debe estar ya arrastrada por la corriente.

—La añagaza no es mala—replicó Tomás—, pero para mí no sirve. Aquí estaré hasta que venga el comisario.

Pasados unos minutos se presentó el subintendente, el cual relató lo ocurrido.

—Se llevaron a María, quién sabe dónde—añadió.

Entonces comprendió Tomás que que lo que decía Peter era cierto y corrió hacia el río a punto de poder salvar a María de una terrible avalancha de hielo que segundos después destrózaba la lancha y arrollaba todo cuanto encontraba a su paso.

Días después, cuando una vez entregados

los culpables, había renacido la tranquilidad en todo el campamento, María y Tomás se encontraban en el embarcadero cuando divisaron una canoa que remontaba el río.

Era Tomás de Quincey, el presidente de la compañía, que acudía al llamamiento de su hijo acompañado de un médico.

Ante la extrañeza de María, en cuanto la barca estuvo a bastante distancia para poderse hablar, el presidente preguntó al que hasta entonces había ocultado su verdadera personalidad:

—¿Estás ya bien, hijo mío?

—Afortunadamente, el médico no es para mí, sino para el hermano de esta señorita.

Al desembarcar se unió a ellos el padre de María, que, enterado de la llegada del presidente, se apresuró a ir a saludarle.

—El joven es mi hijo, vicepresidente de la compañía y, por lo tanto, mi sucesor.

—Pues sí que tiene usted un hijo que puede andar solo por el mundo—comentó O'Neil—. No hizo más que llegar y andar a puñetazo limpió con todos los matones hasta que no ha quedado ni uno.

Mientras se dirigían a la morada de O'Neil, Tomás explicó a su padre:

—La ayuda que te he pedido no era para mí, sino para el pobre hijo del intendente. Así es que no perdí la apuesta.

—Ya veo que te has portado como un hom-

bre—reconoció Quincey—. Tuyos son los diez mil dólares de la apuesta, pues bien ganados los tienes.

Guillermín sanó. El orden y la actividad renacieron en los campamentos de la compañía y su presidente siguió en los bosques, porque tenía pena de dejar sola a cierta personita.

—¡Nunca olvidaré lo que ha hecho por nosotros!—le dijo un día.

—Y yo a usted le debo el haber ganado la apuesta... aunque me ha hecho perder otra cosa: el corazón.

Y los dos jóvenes se confundieron en un abrazo.

FIN

Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interiores. ¡Interesante! ¡Apasionante! ¡Intrigante!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renéz.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renéz.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renéz.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Una ilusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

12 Precio de cada tomo: 30 céntimos

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas